

cuatro leguas en dirección á la capital; el diez y ocho hace explorar el país y el río, tarea que le facilitó un judío de Bresc, enemigo mortal del pueblo polaco, indicándole varios puntos, al sur de la ciudad, por los cuales podía vadearse el río sin peligro. Suficientemente informado, Suwarow se pone en marcha el diez y nueve á las dos de la mañana, y al rayar el alba, pasa el Bug; más no sin ser visto, no sin que las cien campanas de la ciudad y otras ciento de las aldeas ensordecieran los aires con el atronador toque de somatén, y sin que los habitantes de Bresc corrieran espantados á los templos á implorar la protección del cielo. Sierakowski salió consternado del cuartel general, donde había pasado la noche bebiendo y jugando, y emprendió la retirada formando la infantería en tres grandes cuadros, que avanzaron paralelamente por la vasta llanura, igualmente prontos para el combate como para la marcha. Esperaba librarse de los rusos, á los que llevaba una hora de delantera; pero Suwarow, adivinando sus intenciones, se adelanta con la caballería sin preocuparse en el número de sus adversarios, y ordena á los regimientos arrojar sobre todos los destacamentos polacos que divisen, y volver sin cesar á la carga, sin reparar en las pérdidas. A este invencible ardor, sólo zozobra y desaliento podían oponer los polacos, cuyos soldados, jóvenes reclutas en su mayor parte, carecían de disciplina, de sangre fría y de firmeza, y sus oficiales estaban muy por debajo de los rusos en habilidad, prontitud en las evoluciones y acierto en aprovechar las ventajas del terreno. Las cargas de caballería se sucedían sin punto de reposo, y en todas las aldeas, en todos los bosques adonde los polacos se acercaban en busca de refugio, veíanse precedidos por sus infatigables enemigos. En fin, la artillería rusa llegó hacia el mediodía, y en dos horas decidió de la jornada, que fué horrorosa para los polacos. De diez mil hombres próximamente, Sierakowski sólo pudo salvar unos centenares, quinientos cayeron prisioneros, los restantes cubrieron el campo de batalla.

La infausta nueva de esta derrota sembró la consternación en Varsovia, y decidió á Cosciusco á reunir todas sus fuerzas para hacer frente al peligro. Ordenó á Dombrowski, que estaba en Prusia, venirse con sus fuerzas á Varsovia, y á Mckranowski marchar con el ejército de la Lithuania en dirección á Bielca, para operar contra el flanco oriental y la retaguardia de Suwarow; envió al general Kniaczewitsch, con dos mil hombres, á recoger los restos del ejército vencido, y poco después, él mismo se puso en camino á la cabeza de ocho mil hombres, para atacar á Suwarow de frente, en combinación con las demás fuerzas indicadas. Suwarow se estacionó en Bresc, donde, antes de seguir adelante, esperó noticias de Derfelden y de Fersen, de los cuales el primero marchaba contra Grodno, y el segundo en la margen derecha del Vístula, se esforzaba en pasar el río, apelando á todas las artes para engañar á Polinski, que le vigilaba. Logró su intento precisamente cuando Cosciusco salía de Varsovia. Simuló por movimientos de tropas, que tardaba de pasar el río por cerca de Pulawy, adonde Polinski concentró todas sus fuerzas, y mientras, lo estuvo pa-

sando por cerca de Koszenice, Persistiendo en su error, Polinski participó al general en jefe que un pequeño destacamento ruso había ganado la margen derecha del Vístula, y Cosciusco, pensando que convenía rechazar estas tropas en el río antes que viniese en su socorro el grueso del ejército, se dirigió allá con sus diez mil hombres. [Por el camino se fué enterando de la verdadera situación de las cosas; mas no por esto desistió de la batalla. Eligió Macejowice la posición menos desventajosa, que fortificó, y envió á Polinski orden de reunirsele inmediatamente. Por su parte, Fersen resolvió tomar la ofensiva. En la noche del nueve al diez de Octubre, envió al general Denisow con cuatro batallones, diez escuadrones y seis regimientos de cosacos, para que, dando un gran rodeo al través de bosques y pantanos, cayese sobre el flanco izquierdo del enemigo, y él se puso en movimiento hacia medianoche con el grueso de las fuerzas, para atacar á Macejowice. Los dos llegaron á las líneas polacas al despuntar la aurora. Los soldados que mandaban habían asistido en su mayor parte á la insurrección de Varsovia, y ardían en deseos de vengar en la sangre polaca la muerte de tantos compañeros. Se trabó formidable lucha, que duró seis horas. En vano Cosciusco agotó todos los recursos de su talento y sus reclutas todo el valor que puede inspirar la desesperación; de nuevo la disciplina y la táctica rusas triunfaron del inexperto arrojo, siendo tomadas, poco después de mediodía, las posiciones polacas. Los rusos no concedieron cuartel, exterminaron sin piedad á los fugitivos gritando: «¡Acordaos de Varsovia!». Seis mil polacos quedaron tendidos en el campo; seiscientos cayeron heridos ó prisioneros, y escasos dos mil volvieron con Polinski á Varsovia. Hasta el último instante, Cosciusco estuvo combatiendo en lo más recio de la pelea, y cuando se disponía á huir, como los otros, fué alcanzado por un viejo cosaco, llamado Potopin, que no le reconoció, por montar un rocín extenuado (le habían matado dos caballos) y vestir el traje blanco de los campesinos. Cosciusco se resistió á entregarse, y entonces Potopin le hirió de un lanzazo y asestó otro al caballo, que se encabritó y de un salto fué á caer en un pantano. Cosciusco se hundió en el cieno hasta los hombros, pero aún logró, merced á su vigor, hacer pie firme, y cuando iba á escaparse, un oficial de caballería le derribó de un sablazo en la cabeza, sin que profríese una sola queja. El alemán Denisow le encontró traspasado de tres lanzazos y respirando apenas. Fué llevado al castillo de Macejowice, donde se le aplicó la primera cura, y conducido luego á Kiew, bajo la custodia del viejo mariscal Romanzow.

Prisionero Cosciusco, Polonia estaba perdida. Del uno al otro confín del país se difundió en las almas un sombrío desaliento. Los campesinos arrojaban sus hoces y desertaban á centenares volviéndose á sus casas, los soldados lloraban la pérdida de su padre Tadeo, y todos se creían rodeados de traiciones y acogían con avidez la esperanza de una capitulación honrosa. El deseo de tratar con el enemigo ya no se miraba en Varsovia como un crimen; la duda versaba acerca de si se entregaría la ciudad á los prusianos ó á los

rusos. ¡Infelices!: olvidaban que no había de estar en sus manos la elección. Inmediatamente que Suwarow recibió la noticia de la batalla de Macejowice, envió á Fersen y á Derfelden orden de marchar sin demora á Varsovia, para incorporársele en Minski, á unas leguas de Praga. Por la prontitud con que esta orden se ejecutó, sufrió gran quebranto un tercer ejército polaco, el de Lithuania, que se retiraba en tres columnas hacia Varsovia, conforme le había mandado Cosciusco. Ocurrió que la tercera de estas columnas; acaudillada por el general Mayen, cayó el veintiséis de Octubre, no lejos de Cobilca, en manos de Suwarow y de Fersen, que acababan de reunirse y la mayor parte de ella fué exterminada, lo que colmó el desaliento de los defensores de Varsovia. Sin perder instante, Suwarow dispuso lo necesario para dar el asalto á Praga, al tiempo que pedía con insistencia á los prusianos, al general Schwerin y al mismo rey, que secundasen sus operaciones bloqueando y atacando la ciudad por la ribera izquierda del Vístula. El treinta de Octubre, escribía á Schwerin, en su estilo conciso y enérgico. «Tan pronto como el general Derfelden se me incorpore, y esto deberá ser en breves días, marcharé contra Praga con paso firme. Varsovia debe perecer. Ver errantes á hermanos insurrectos por esta ribera del río, aniquilarlos, enarbolar la bandera de nuestra omnipotencia soberana sobre los muros de la pérdida capital, con espanto de sus habitantes, tal debe ser nuestro objetivo». No obstante estas amenazas, Suwarow deseaba entenderse con los polacos, y á este fin reclamaba la cooperación de los prusianos, esperando que, por el hambre, se rendiría la ciudad. Pero Schwerin no se movió; el partido de la paz en Varsovia se dejó imponer, y Derfelden llegó á Cobilca el primero de Noviembre. El tres, Suwarow sentó sus reales junto á las murallas de Praga, y dictó las órdenes para que el asalto se diese al día siguiente por la mañana. Unas horas antes del combate, escribía, á Schwerin: «Espero triunfar, con la ayuda de Dios, el partido dominante, el de los desesperados, no parece dispuesto á capitular; que perezcan, pues, por la espada que ellos mismos han atraído sobre sus cabezas». El cuatro de Noviembre, después de media noche, las tropas rusas emplazaron tres fuertes baterías, que á las tres de la mañana rompieron nutrido fuego contra los fuertes enemigos. Zajonccek, que mandaba en Praga en unión con Jasinski, pidió al general en jefe Wawrzecki, todos los refuerzos de que pudiese disponer, con los cuales reunió ocho mil hombres de tropa de línea, mil ochocientos vecinos de Praga y tres mil burgueses de la capital. La muralla describía una vasta curva al rededor del barrio, á bastante distancia de las casas, y por detrás de ella se levantaba un segundo recinto, que protegía inmediatamente la plaza. El fuego de las baterías impidió á los polacos ver que el ejército enemigo, fuerte de veintidós mil hombres, se había adelantado en siete columnas hasta el pie de las murallas y se disponía á dar el asalto. A las cinco, Suwarow manda disparar un cohete, que era la señal convenida, é inmediatamente las tropas, excitadas por el aguardiente, por el recuerdo de las sangrientas jornadas de Varsovia y por la

certeza de vencer, se lanzan en los fosos y trepan con ímpetu por el talud de la muralla, sin que los polacos, cogidos de improviso y extenuados de hambre y de frío, opusieran resistencia sino en alguno que otro punto. Zajonccek cayó gravemente herido á primera hora, y Jasinski, que había jurado á sus amigos no sobrevivir á la derrota, murió en la pelea. La venganza de los rusos fué feroz. No hubo cuartel para nadie ni para los niños. Un oficial prusiano que trató de salvar á una infeliz criatura, recibió esta respuesta: «Que perezca para que cuando sea hombre no asesine á uno de mis hermanos». Se prendió fuego á varios puntos, y mientras las casas incendiadas, desplomándose sobre montones de cadáveres, obstruían las calles, centenares de fugitivos, buscando su salvación en el río, se iban al fondo acerbillados de balas. A las nueve de la mañana, los rusos eran dueños de Praga. No más que cuatro horas había durado el combate, y en tan breve tiempo habían perecido, acuchillados ó ahogados en el río, ocho mil soldados y doce mil habitantes. Esto sí que era el fin de Polonia.

No hay para qué decir cuál sería en Varsovia el abatimiento de los ánimos, al oír el estruendo del combate, los ayes de los moribundos, y ver elevarse hacia el cielo las llamas de los edificios incendiados. El lúgubre son de las campanas no cesaba; los soldados, enfurecidos é imponentes, se reunían en grupos; el pueblo recorría las calles, pintada la desolación en sus semblantes. No quedaba ningún resquicio á la esperanza. ¡Pobres polacos! Por toda providencia, rompieron el puente para no ser atacados de improviso por los rusos. Al día siguiente, después de una noche de ansiedades y angustias, el ayuntamiento decidió acabar enviando comisionados á implorar del general ruso la suspensión de hostilidades. «Aquí estoy, con mis soldados adornados con los laureles de la victoria,» escribió Suwarow á Schwerin el dos de Noviembre, al contemplar con orgullo á sus soldados coronando los muros de Praga; mas luego, al recorrer el barrio y ver las calles inundadas en sangre, se estremeció, y mandó tratar á los prisioneros lo mejor que se pudiese, y accedió á recibir á los comisionados, que le hallaron en su tienda sentado en el suelo. Al verlos, se puso de pie con viveza, se adelantó unos pasos y les abrazó diciendo: «Paz, reposo y tranquilidad». Ellos, á su vez, le abrazaron las rodillas y le pidieron condiciones. «La vida, las propiedades y el olvido de lo pasado,» les contestó. Cuando los comisionados, desde la lancha en que repasaban el río, gritaron á los varsovianos amontonados en la orilla: «Paz, paz,» muchos del pueblo se echaron al agua para sacarlos en brazos y llevarlos al palacio real, voceando: ¡Viva la emperatriz! ¡viva Suwarow!. Esto no obstante, la confusión reinaba en Varsovia. Los soldados que no desertaban no querían oír hablar de desarme. Dombrowski intentó llevarse cautivo al rey Estanislao. Esto duró hasta el siete, en que Wawrzecki sacó de Varsovia las tropas y se firmó la capitulación. El ocho, Suwarow entró en la ciudad. Al entregársele las llaves, dijo: «Bendito seas, Dios Todopoderoso, que no me has hecho pagar estas llaves tan caras como las de.....». La

emoción le cortó la palabra, pero volvió la mirada hacia Praga. Todos los que le rodeaban rompieron á llorar. Atravesó silenciosamente por entre la muchedumbre agradecida, dirigiéndose á su cuartel. Diez días después, fueron dispersados los restos del ejército polaco. Fiel á su palabra, Suwarow dejó en libertad de volver á su patria á los oficiales que prometieron por su honor no perturbar el orden. De los jefes políticos, fueron conducidos á San Petersburgo, por orden de la emperatriz, Kapostas Kilinski, Potocki, Wawrzecki, Cosciusco y algunos más, y sometidos á un cautiverio bastante llevadero. A Cosciusco Pablo I le admiró, cuando gran duque, como «mártir de la patria», y luego, cuando emperador, celebró con él una entrevista conmovedora en la fortaleza de Schlüsselburgo, al intento de persuadirle á servir á Rusia. No lo consiguió, no obstante lo cual le puso en libertad, así como á la mayor parte de sus compañeros de cautiverio. Entonces Cosciusco volvió á América, luego se vino á Inglaterra y se estableció, por último, en Fontainebleau, donde vivió de una pequeña pensión que le pasaban los Estados Unidos, en recompensa de los servicios que les había prestado en la guerra de la independencia.

De los campos de batalla, tócanos pasar ahora á los de la diplomacia. Desde la explosión de la insurrección polaca, á nadie cabía duda de que las tres potencias aliadas iban á repartirse los últimos restos de la nación cadáver. Mas ¿en qué proporción? He aquí la cuestión que á la diplomacia incumbía resolver. En sentir de Prusia, conforme el esfuerzo que cada potencia hubiera hecho para sofocar la insurrección, y desde este punto de vista, poco menos que desheredando al Austria, que se había limitado á enviar un pequeño cuerpo al palatinado de Lublin, pedía para sí todo el territorio comprendido entre la Silesia, la Prusia meridional y el Vístula, y seguramente no habría parecido exagerada su demanda, si el ejército prusiano, en vez de retirarse de delante de Varsovia, hubiese tomado esta plaza, lo que habría puesto á su rey en la eminente posición de dictar su voluntad á entrambas cortes imperiales. No hay sino fijarse en la conducta que siguió el gabinete ruso con el embajador de Prusia, Tauenzien, que llegó á San Petersburgo el diez y nueve de Agosto, precisamente cuando su soberano sitiaba á Varsovia. Se le recibió como amigo estimadísimo; pero la amistad se fué entibiando á medida que la posición militar de los prusianos en Polonia decayó, y llegó á trocarse en desdén cuando Suwarow, volando de triunfo en triunfo, se señoreó de la capital. Austria empezaba por sentir que «el lote de cada una de las potencias copartícipes debía ser proporcionado á su importancia», y á renglón seguido añadía «que á Prusia no debía dársele un solo palmo de terreno, á no ser que accediese á enviar fuerzas considerables al Rhin, y someter todas sus tropas al mando de un generalísimo austriaco»; reclamaba para sí el país enclavado «entre el Pilica, el Vístula, el Bug y el Lipæk, esto es, entre las fronteras prusiana y moscovita», y además, en concepto de indemnización por lo que Prusia y Rusia habían ganado en el segundo reparto, «una provincia francesa ó las venecianas», y concluía mostrándose dispuesta á

firmar cuanto á Rusia la pluguiera adquirir. La disidencia entre estas dos potencias habría hecho árbitra del reparto á Rusia, aun en el caso de que las victorias de Suwarow no le hubiesen dado una supremacía incontestada. Ganosa Catalina de volver á su proyecto favorito de apoderarse de Turquía, para lo cual necesitaba del activo concurso del Austria, estaba decidida á favorecer á esta potencia, pero sin dejar por puertas á Prusia. En su consecuencia, contestó á Prusia concediéndole por frontera el Nareve y el Niemen, con el país situado al Oeste del Pilica y del Vístula, pero rehusándole Cracovia, Sandomir, y la Samogitia, y al Austria, que tendría los cuatro palatinados del Sur, Gracovia, Sandomir, Lublin y parte de Chelm, pero nada más. Como ningún sacrificio se había impuesto para sofocar la insurrección y era dón gratuito lo que se le cedía, el Austria se resignó fácilmente. No podía hacer otro tanto Prusia, que había relegado á segundo término la guerra con Francia por correr con lo mejor de sus fuerzas contra Polonia, y como á la sazón se viese solicitada por varios Estados del Oeste como mediadora para la paz con Francia, el consejo encargado de examinar la nota de Rusia informó: que debía protestarse del reparto, especialmente del engradecimiento de Austria, caso de no concederse á Prusia el territorio pedido, y para traer á partido á las cortes imperiales, abrirse con Francia una negociación oficial y definitiva para la paz. El príncipe Enrique, hermano del gran Federico, elocuente, vivo y dispuesto siempre á obrar, se encargó de vencer la repugnancia de Federico Guillermo á entrar en relaciones amistosas con los demagogos parisienses, y el informe del consejo se ejecutó en todas sus partes. Se envió al conde de Goltz, embajador antes en París, á Basilea, con instrucciones precisas para negociar con Barthelemi primero una tregua, luego las condiciones de la paz, y en contestación á la nota de la Czarina, se redactó razonado escrito, que terminaba así: «Prusia, conforme con el principio de Rusia, quiere fronteras limpias y bien determinadas; estas fronteras la naturaleza se las demarca, de un lado, en el curso del Vístula, del otro, en el del Nareve y del Niemen. Si no pudiese obtenerlas, Prusia proferirá que las cosas queden en el estado en que se hallan desde mil setecientos noventa y tres, sin procederse á nuevo reparto». Pero los consejeros prusianos no se acreditaron de sabios ni de previsores. Torpes habían estado al aconsejar levantar el sitio de Varsovia; torpes estuvieron ahora al esperar que, abriendo negociaciones con Francia para la paz, iban á rendir la altivez de la Czarina. Mujer era, pero valía y sabía más ella sola que todos los ministros y consejeros prusianos.

El pueril recurso, si algún efecto produjo, fué contrario al que sus autores se proponían. El quince de Diciembre empezaron en San Petersburgo las conferencias entre los embajadores de Austria y de Prusia y los ministros rusos. Las tales conferencias fueron mera fórmula. Apoyada por Austria, Rusia no cedió un ápice de su proyecto. En vano el representante de Prusia, Tauenzien, declaró en la postrera: «Protesto, en nombre de mi sobe-

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA